

# Juventud

AGOSTO DE 1982

## 100 AÑOS DE COLPORTAJE

¿Alguien cree todavía?

Dios en la  
Universidad



Pág. 19



Guillermo Durán, director

Raúl Escandar, redactor

M. del Carmen de Aragón, secretaria

Luis O. Marsón, director de arte

Hugo O. Primucci, diagramador

Rolando A. Itin, presidente del Consejo Editorial

José Tabuenca, gerente general

## 3 EDITORIAL

La paternidad, los conejos y los monos.

## 5 ¿ALGUIEN CREE TODAVIA? Ronald S. Combs

David contra el gigante de la incredulidad.

## 10 ¿DIOS HA MUERTO? Carmen Martínez

Perdidos en la tormenta, sin esperanzas de ayuda.

## 12 100 AÑOS DE COLPORTAJE. Edsel Bouvet

¿Qué es y cómo surgió la obra del colportaje?

## 16 EL MEDICO AMABLE. June Bowen

Era alguien distinto, muy distinto a los demás.

## 19 TRES EN LA GRAN AVENTURA. Jorge A. Barrios

O cómo decidirse a vivir la gran aventura.

## 24 OPINIONES SOBRE EL COLPORTAJE

Hablan los especialistas.

## 27 GACETA

Aprovechamos a presentarte a Edro.

## 28 DIOS EN LA UNIVERSIDAD. Ariel Pérez

El testimonio de un joven cristiano.

## 30 LIBROS

*Joni, un Paso más y Para ti que Serás Madre.*

# La paternidad, los conejos y los monos

**C**IENTOS DE JOVENES sentados, caminando o charlando en grupos, acompañaban con sus cuerpos el ritmo de la música. Algunos con la mirada perdida, sus cabellos desgreñados y un cigarrillo en la boca, estaban tendidos en el piso de cemento. Otros cantaban y bailaban acompañándose con sus propios instrumentos sin importarles lo que ocurría en el escenario. Un grupito que lucía esa informalidad cara que dan los *jeans* importados, las blusas de seda y las camperas firmadas por Dior, aplaudía a todos los conjuntos que aparecían.

Más allá, lejos del escenario, estaban los que se consideraban a sí mismos "jóvenes adultos". Con todo el aplomo y la mirada crítica que se puede tener a los 22 años, decían: "Esto ya no es lo que era antes. Aplauden cualquier cosa. No buscan el mensaje".

El concierto de rock que prometía colmar la capacidad de ese improvisado anfiteatro no era lo que yo esperaba. Había pensado que allí se daría cita una

multitud homogénea vestida en forma similar, con los mismos gustos musicales, las mismas motivaciones y hasta con un modo de hablar peculiar. Me había equivocado.

Súbitamente los parlantes nos bombardearon con una canción que transformó a los oyentes. . . Primero escucharon con interés, luego acompañaron el ritmo batiendo las palmas, seguidamente comenzaron a preferir exclamaciones de apoyo. La canción terminó y cientos de gargantas se unieron en un grito mientras los aplausos inundaban el parque. Pidieron nuevamente la misma canción y se repitió el fenómeno. Al fin, todos terminaron cantándola, plenamente identificados.

¿Qué había provocado el milagro de unir lo aparentemente imposible de unir? El grupo musical había realizado otras interpretaciones antes de esa, sin obtener un efecto tal. La melodía y el ritmo no salían de lo común. ¡Pero la letra! La letra parecía un manifiesto revolucionario. ¡(No!

No me refiero al aspecto político, no.) Presentaba una alegoría donde un pobre conejito era oprimido por la "mamá coneja", dominado y sometido a tal punto que ya no tenía voluntad. "Mamá coneja" gritaba y daba órdenes en el más clásico estilo del sargento de infantería. Y para peor, ni siquiera lo dejaba salir con una simpática conejita. Al fin, el conejito se rebela y huye con su conejita. Como broche de oro de la canción el conejito insulta a "mamá coneja" con palabras irreproducibles.

Una ola de tristeza me invadió. Es que a pesar de que intenté empatizar con cada uno de los muchachos y chicas que estaban allí, aunque intenté imaginar sus problemas y angustias, no pude comprenderlos.

Me dije a mí mismo: "Una madre dominante, un padre autoritario; una madre fría y calculadora, un padre irónico; una madre a la que no le preocupa su hogar, un padre irresponsable; ¿no merecen esta manifestación de desprecio y rebeldía?" Puede que sí. Pero inmediatamente recordé el ejemplo que nos brindan los monos. Te preguntarán: ¿Qué tienen que ver los monos en esto? Los monos requieren un mayor proceso de adaptación al medio que otros animales. Por ello, los monos adultos se encargan de preparar a sus crías para que puedan enfrentar solas el mundo. Más de una vez se comportan violentamente con sus crías, las dejan en un rincón de la jaula para irse con su pareja y supongo que harán otras cosas que no les agradan a los "monitos". Pero a pesar de que chillan, patean y demuestran gesticulando su ira, las crías buscan el seno materno para refugiarse ante un problema, una situación nueva o simplemente por necesidad de afecto.

Los padres tienen la obligación de conducir a sus hijos a través del largo proceso de socialización que necesita al ser humano. Muchos se equivocan, son dominantes, irascibles y hasta necios. Pero no abandonan a sus hijos. . . Los

aman profundamente, les entregan lo mejor que tienen.

Sin quererlo, mi mente volvió al concierto de rock. A los jóvenes que se han unido para abuchear a sus propios padres. . .

¿No sería posible pensar que nuestros padres son seres humanos como nosotros, llenos de defectos y virtudes? A todos nos gustaría que si alguien encontrara algo malo en nuestro carácter se acercase y nos ayudara; que a pesar de nuestra resistencia, tozudez y desubicación intentara comunicarse con nosotros, si no para convencernos, al menos para entendernos. ¿No podríamos actuar de esa forma con nuestros padres? ¿Es mucho pedir que los tratemos como nos gustaría ser tratados?

También imaginé lo extraordinario que sería si sólo por un instante pudiéramos colocarnos en el lugar de esa pareja joven que vio cómo se esfumaban sus momentos libres, sus horas de sueño y más de un acariciado plan ante la cuna del bebé; la camita del hijo enfermo o los desvelos para comprender a ese jovencito que aún no ha definido sus metas y que desea independizarse de los adultos, sin poseer los medios económicos y sociales para hacerlo.

Por último, recordé las palabras de un Padre que amó como nadie lo hizo jamás: "Honra a tu padre y a tu madre —dijo—, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da".

No, por más esfuerzos que hago no puedo comprenderlos. No puedo odiar a quienes me concibieron con amor y se han brindado íntegramente a mí. . .

Padre mío, que estás en los cielos, ayúdame a entender a mis padres, a tolerar sus errores y obedecerlos a pesar de sus defectos. Permíteme amarlos como tú nos amaste. Ilumina a cada joven para que ame y obedezca a sus padres. Así sabré, que después de todo, aún quedan en el género humano los rastros del Cielo.— *Guillermo Durán.* ☆



# ¿Alguien cree todavía?

Ronald S. Combs

**E**L PROFESOR se colocó detrás del escritorio, sonrió irónicamente e inició la clase.

—Durante el curso de este semestre todos los que deseen seguir en esta cátedra de Antropología aprenderán la verdad— anunció. Descubrirán que las creencias que siempre han sostenido acerca de Dios y de la religión se deshacen en la nada. Lo que dijo en esa primera clase no se echó de ver hasta más tarde. Parecía increíble, pero durante todo el semestre el profesor no perdió una oportunidad para criticar todo tema que estuviera relacionado con cualquier tipo de creencia religiosa.

Cercanas ya las vacaciones de Navidad, nos presentó su clase anual en la que “probaba” que la oración es una falacia. Hizo tal presentación y obtuvo tanto éxito en poner en ridículo a la oración, que logró que todo el curso al final del período “cayera de rodillas”, pero de risa y no en un acto de devoción.

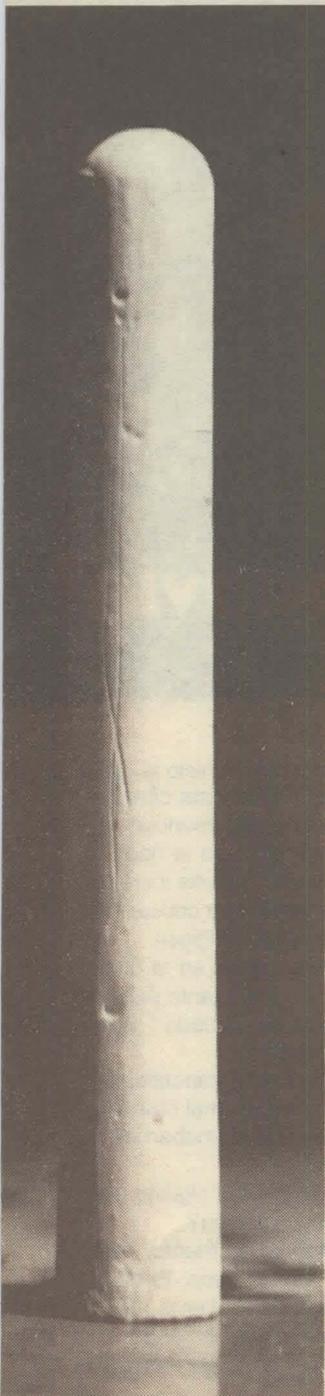
Cuando terminó su escarnecedor ataque, se puso de pie. Vestía *jeans*, zapatillas de goma y una remera con la inscripción: “Jesús viene otra vez y está de mal humor”.

Echaba fuego por los ojos cuando se dirigió a los estudiantes que colmaban el auditorio y con tono desafiante les preguntó:

—Después de haber asistido durante dos meses a mis clases, ¿hay aquí alguien que todavía cree en los ridículos conceptos de la religión y la oración?

Luego avanzó hacia el frente de su escritorio. Estaba disfrutando de su triunfo. Alzó su mano derecha en la que tenía una tiza nueva, que aún no había usado. El piso del aula era de baldosas. Todos los ojos estaban fijos en el profesor Davis. El silencio era absoluto. Con el mismo tono, desafiante y burlón, siguió diciendo:

—Bien, si en este curso hay alguien que aún cree en la religión y en el así llamado poder de la oración, que se



ponga de pie y ore. Ore para que cuando yo la deje caer, esta tiza no se rompa al tocar el suelo. Los invito a que recurran a sus padres, sus maestros de la escuela dominical y, si quieren, hasta a sus pastores para que oren por este asunto. Pueden traerlos para que oren aquí junto con ustedes. Y es más, los desafío a ustedes y a ese supuesto poder con la siguiente declaración: "Afirmo que nada —ni todas esas oraciones, ni toda la religión, ni siquiera ese presunto Dios al que deseen invocar— podrá impedir que esta tiza se rompa cuando yo la suelte de mi mano". Los desafío a que me demuestren que estoy equivocado.

Yo estaba sentado más o menos en el medio de la clase y no pude hacer otra cosa que apretar mis dientes. ¡Ese hombre estaba agitando el puño ante el rostro de Dios! Y lo había hecho durante diez años. Ese día me sentí como el rey Saúl cuando tuvo que escuchar las burlas mordaces del poderoso Goliat.

La demostración del profesor Davis era tan eficaz, que la repetió año tras año con cada curso en el que le tocaba enseñar. Yo casi había olvidado ese incidente hasta que un día del otoño pasado, cuando estaba trabajando en mi oficina, llamó a mi puerta uno de mis empleados de tiempo parcial. Abrí y me preguntó si podía hablar conmigo. Parecía un poco nervioso, de modo que quise saber si tenía algún problema.

—¿Usted cree realmente eso? —me dijo mientras señalaba una plaqueta que pendía de la pared.

El texto decía: "Oro para que hoy ocurra un milagro en mi vida". Me sonrojé avergonzado y le respondí:

—Bueno... tú sabes que creo. Has trabajado conmigo casi desde que comenzaste tus estudios en el nivel secundario y conoces mi manera de pensar.

—Sí, sé que cree, pero deseaba estar seguro —dijo el muchacho. Ud. sabe que he aceptado a Cristo hace pocos años. Usted y yo asistimos a la misma iglesia y estoy agradecido porque me ha brindado su amistad. Pero tengo un serio problema en la universidad. Me estoy especializando en antropología y en la clase de hoy el profesor nos dijo que destruirá toda creencia que podamos tener en Dios. Luego conversé con uno de mis compañeros y me contó algo que ese profesor acostumbra hacer todos los años antes de las vacaciones de Navidad. El proceder de ese hombre me dolió profundamente, y sé que también ofende a Dios. Siento que el Señor me está indicando que debo hacer frente a este hombre.

Recordé inmediatamente a qué se refería. Mi corazón dio un vuelco cuando pensé que yo mismo, aunque lleno de justa indignación, había flaqueado ante el poderoso profesor Davis.

—Casi había olvidado que me habías dicho que asistirías a ese curso —murmuré en forma apenas audible.

—Estoy irritado —replicó. Por eso he venido, para pedirle que ore por mí. Ore para que tenga el valor de ponerme de pie el día que nos haga el desafío. Ore para que la tiza no se rompa cuando la deje caer. Le ruego que cada vez que ore le mencione a Dios este pedido. Aún faltan más o menos tres meses y medio para ese día, pero necesito que todos mis amigos me apoyen con sus plegarias a fin de que Dios me dé valor y pueda enfrentar al profesor Davis.

Mi empleado se puso de pie para retirarse. Yo tenía los ojos húmedos.

—Muy bien —dije—. Pero antes de que salgas tomémos unos momentos para orar en silencio.

Inclinamos nuestras cabezas. Yo deseaba creer que ese joven realmente podría hacerlo. Pero recordaba la demostración y los alardes del profesor Davis y me sentía invadido por la duda. Cuando se dispuso a salir de mi oficina, le dije en tono de broma:

—¡Buena suerte, héroe! ¡Vé a hacerle frente a los filisteos!

—¿Sabe que me llamo David? —dijo el joven con una sonrisa.

—Espera —lo detuve—. Pon esto en tu honda. Y le alcancé el libro de antropología que había dejado sobre mi escritorio.

Me dio las gracias y salió. Después de haber cerrado la puerta sacudí mi cabeza y sonreí.

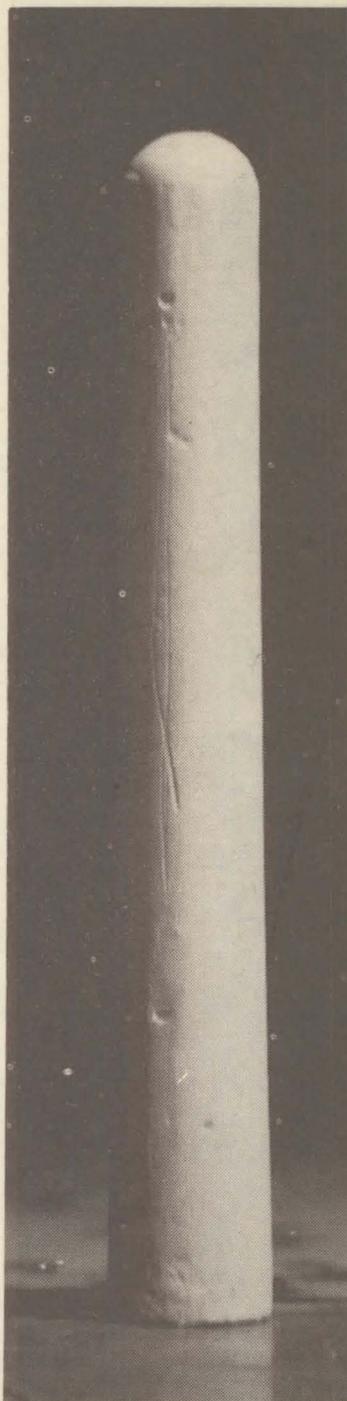
—Este muchacho está loco, pero me gustaría tener sus agallas —pensé.

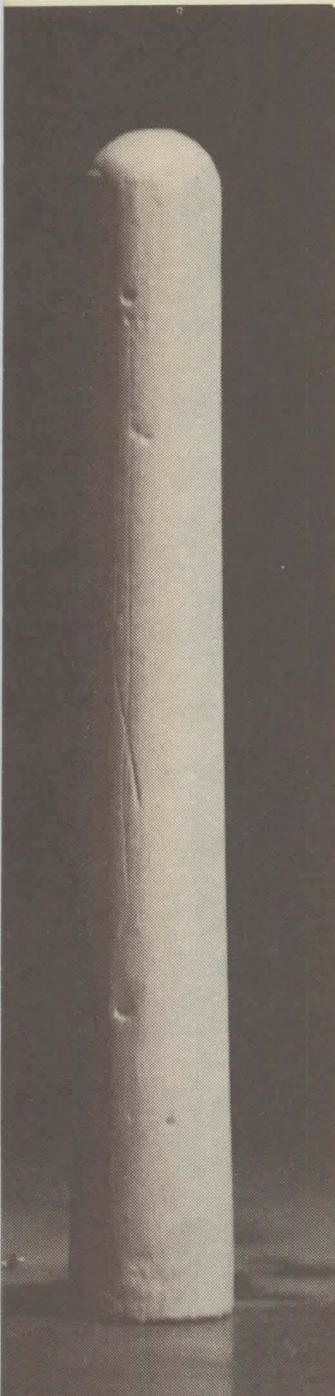
Esa noche me llamó a casa por teléfono para preguntarme si había orado. Le respondí afirmativamente.

—¡Magnífico! —replicó—. Acabo de leer en mi Biblia una promesa que nos hizo el Señor. Nos aseguró que si dos o tres de nosotros nos ponemos de acuerdo para orar pidiendo algo en su nombre, El nos responderá.

—¡Fantástico! —exclamé un poco menos convencido que él.

Las semanas fueron pasando rápidamente. Como me estaba preparando para obtener mi licenciatura tuve que presentarme en la universidad precisamente el último día de clases antes de las vacaciones de Navidad. Miré el reloj y apresuré el paso en dirección al edificio de aulas. Sabía que aproximadamente cinco minutos más tarde el profesor Davis iniciaría su clase "magistral". Crucé varios corredores y me detuve junto con otros curiosos frente a la puerta abierta de la gran aula donde se dictaría la clase de Antropología. Sentí que se me hacía un nudo en el estómago. Estaba transpirando.





“¿Qué pasará si el plan de David fracasa?”, me pregunté. Luego sacudí la cabeza en un intento de librarme de esa persistente duda.

Y por fin llegó el gran momento.

Los recuerdos afluyeron a mi mente. Allí estaba, de pie, el sacrilego profesor Davis vestido con lo que parecía ser la misma remera y el *jean* con los que lo había visto hacía siete años en una ocasión similar.

Se dirigió al alumnado con la misma pregunta blasfema:

—Después de dos meses de estudio, ¿queda aquí alguien que todavía cree en los ridículos conceptos de la religión y la oración?

Luego caminó hasta colocarse delante de su escritorio. Ya había ensayado su papel muchas veces y lo estaba repitiendo con toda fidelidad. Se le notaba en el rostro el mismo deleite maligno de años anteriores. En su mano derecha sostenía una tiza nueva. La miró. El silencio en el auditorio era total.

—¿Hay alguien que todavía cree en Dios y en la oración?— volvió a preguntar en tono insultante.

En la clase había más de quinientos alumnos. Era uno de los cursos más grandes de la universidad. Mi joven empleado, que estaba sentado a la mano derecha del auditorio, se puso de pie lentamente y avanzó por el pasillo lateral. Luego se dirigió al frente y se detuvo ante el profesor.

—Doctor Davis —dijo con voz clara y serena—, yo creo.

—Muy bien. ¿Qué les parece esto? —dijo sarcásticamente el profesor Davis—. Tenemos delante de nosotros a una persona viva, un ser humano real, quien pretende creer en la estúpida idea de que Dios responde sus oraciones. ¿Estoy en lo cierto, joven?

—Así es, señor —aseguró David—. Yo sé que Dios responderá mi oración.

—¿Qué les parece esto? —repitió el profesor—. Le explicaré nuevamente lo que voy a hacer por si me ha entendido mal.

Luego mencionó paso a paso la conocida serie de hechos teatrales que ocurrirían a continuación: cómo levantaría la tiza, de qué modo la soltaría y la dejaría caer para que, al chocar contra el piso se hiciera mil pedazos, y cómo ningún poder del universo lograría impedir que se destragara. Cuando acabó su discurso, refunfuñó:

—¿Todavía quiere orar?

—Sí, profesor. Deseo hacerlo —dijo David.

El profesor saboreaba de antemano el glorioso instante de su victoria.

—¿No es ésta una ocasión importante? —dijo—. Alumnos, deseo que todos permanezcan en silencio y adopten una actitud reverente en tanto que este joven ora.

La palabra "ora" pareció salir escupida de sus labios; tan terrible era su desprecio. Luego se dirigió una vez más a David.

—¿Está preparado? —le preguntó.

—Profesor —respondió el joven—, me he estado preparando para este momento durante toda mi vida.

—Perfectamente. Entonces todos permaneceremos en silencio y con las cabezas inclinadas mientras usted ora —dijo el profesor Davis en forma sacrílega.

Yo no podía apartar la vista de David. Y tampoco logró hacerlo ninguno de los alumnos. Todos contuvieron la respiración. David volvió su rostro al cielo y oró:

—Señor, yo sé que existes y oro en el nombre y por la gloria y la honra de tu Hijo Jesús. Oro por mí, ya que confío en ti de todo corazón. Si es tu voluntad, no permitas que esa tiza se quiebre. Amén.

La sonrisa despectiva del profesor Davis no había desaparecido de su rostro.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Sí —respondió David humildemente.

El profesor tomó la tiza en su mano derecha y la alzó por sobre su cabeza con ademán desafiante. Luego la dejó caer. Pero ese día ocurrió un milagro. Al caer, la tiza chocó contra la pernera de su *jean*, luego rebotó en sus zapatillas, y con un apagado tintineo rodó por el piso de baldosas hasta que se detuvo. Estaba intacta.

El silencio era ensordecedor. De pronto un alumno estalló en una carcajada. Luego otro. Segundos más tarde, todo el auditorio reía ante el rostro congestionado de ira del profesor. Sonreí y grité a toda voz:

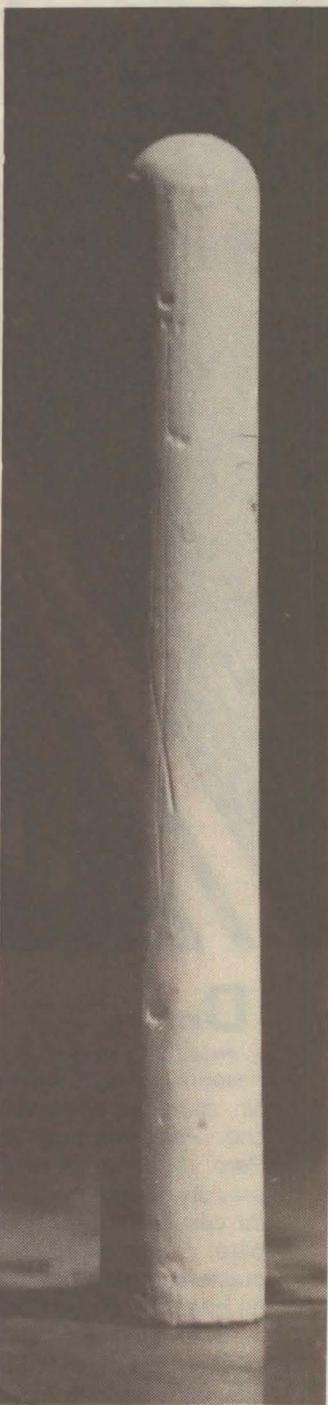
—¡Lo lograste, David! ¡Lo lograste!

Se volvió hacia mí y noté en sus labios un esbozo de sonrisa. Alzó su mano y apuntó con su dedo índice hacia arriba. Comprendí de inmediato qué quería decir.

¿Un accidente? ¿Una casualidad? ¿Un poco de suerte? Tal vez. Pero ésa no es mi opinión. Quizá se hubiera obtenido idéntico resultado si en lugar de orar David se hubiera pronunciado un discurso acerca de los beneficios personales que proporciona la vida cristiana. Quizá... De todos modos su actitud animó a quienes deseaban creer. El marcado contraste que quedó establecido entre la posición del profesor Davis y la de su alumno les hizo recordar a todos que la religión es útil para resolver los problemas que afligen a nuestro mundo.

Mientras me dirigía a mi hogar oré en voz alta:

—Señor, ¿por qué yo no pude tener el valor y la fe necesarios para abogar por ti tal como lo hizo hoy el pequeño David? Te ruego me perdones. Y que nunca más me avergüence de dar la cara por ti. ☆





# Dios, ¿ha muerto?

Carmen Martínez

Luis Mars

“**D**ios ha muerto”. ¡Qué herejía, ¿verdad?! Creo que *a priori* cualquiera de nosotros rechaza semejante declaración. No, claro que no pensamos como Nietzsche. Para nosotros Dios es real, vive. Pero... ¿de veras es real? Tengo la impresión de que muchas veces hablamos de Jesús, es más, hablamos *con* Jesús pero... algo falla. ¿Nunca te pasó que oraste pero no estabas totalmente seguro de que eras escuchado?

“Dios es una conjetura del hombre”. ¿Sabes que muchos piensan así? Creen que las personas han inventado un ser

superior, alguien a quien acudir cuando están confundidas o abrumadas por algún problema que no pueden resolver. Entonces sería una cuestión de sugestión: nos arrodillamos; concentramos nuestra energía mental en pedir ayuda; confiamos; y cuando nos levantamos, ¡ya nos sentimos mejor! ¡Caramba! ¿Y si estas personas tienen razón?

Yo comprobé que no es así. Si Dios fuera una conjetura, una invención humana, quizá podría ayudarnos en nuestros problemas emotivos. Si un día me levanto muy deprimida, oro, le pido ayuda a Dios,

y trato de ver las cosas buenas de la vida, es muy probable que comience el día con una actitud positiva. Pero. . . ¿y en los aspectos prácticos, en las cosas materiales, en aquello que no es tan subjetivo? Allí es donde una invención no sirve de mucho. Ante una situación de peligro, ante una imperiosa necesidad de alimento o de dinero, nada puede hacer la sugestión.

Quiero contarte algo que me pasó hace un tiempo. Es una de las tantas veces en las que Dios me demostró su existencia en forma real y que cuida de mí.

Habíamos salido de vacaciones. En esa época teníamos un automóvil más bien chico, no muy potente. Era de noche, atravesábamos el campo desolado. Como estaba tormentoso, comprendimos que era imprudente continuar, así que nos detuvimos en una estación de servicio. Ante la evidencia de que la tormenta se avecinaba, muchos viajeros decidieron pasar la noche allí. La capacidad del lugar estaba colmada por numerosos omnibuses, camiones y vehículos particulares. Averiguamos dónde estaba ubicada la localidad más próxima y nos informaron que se encontraba a pocos kilómetros. Así que decidimos dirigirnos hacia allí para pasar la noche.

Cuando salimos comenzó a llover. La ruta estaba desierta, éramos los únicos que viajábamos en ese momento. La lluvia aumentaba progresivamente. La furia del viento, los truenos y los relámpagos aumentaba sin pausa. Nuestro cochecito comenzó a "navegar" (realmente parecía navegar porque la lluvia lo movía de un lado a otro). De pronto notamos que el terreno no era firme, había obstáculos. . . ¡Habíamos perdido la ruta! Las luces no alcanzaban a alumbrar a través de esa cortina de agua. ¿Qué haríamos?

Recuerdo que mamá elevó una oración. Nosotros teníamos miedo, pero creo que no alcanzábamos a ser conscientes del peligro que corríamos. Sin embargo, le pedimos fervientemente a Jesús que nos ayudara. . .

Sorpresivamente, aparecieron las luces traseras de un ómnibus delante de nosotros, a pocos metros. Las seguimos y encontramos la ruta. Sin ver otra cosa, continuamos avanzando detrás de ellas. De pronto, tan misteriosamente como habían aparecido y a pocos metros de nuestro lugar de destino, las luces desaparecieron. Comenzamos a analizar el hecho: a la velocidad que íbamos era imposible que hubiéramos alcanzado a algún ómnibus que fuera delante de nosotros; además estábamos fuera de la ruta. Detrás de nosotros no venía nadie. ¿De dónde había salido ese ómnibus con sus tan oportunas luces? No nos quedó duda alguna de que algo maravilloso había sucedido: Dios nos había enviado socorro.

Cuando me veo tentada a dudar de Dios, sistemáticamente aparecen estas escenas en mi mente, además de muchas otras en las que pude ver clara, concreta y evidentemente que mi Dios existe de veras.

A veces pienso cuánto le debe doler al Señor nuestra incredulidad, aquella que guardamos en secreto y que no nos animamos a confesar ni siquiera a nosotros mismos. No deseo que el Señor sufra al no ver su amor correspondido. . . Por eso creo en El y estoy completamente segura de su existencia y de que contesta mis oraciones.

Convéncete de Dios, repasa cuántas veces lo has visto obrando en tu vida, respondiéndote algún pedido interior, salvándote en alguna situación angustiosa. Sólo cuando estés firmemente convencido de lo que crees, cuando nadie pueda moverte de tu fe, entonces podrás caminar con seguridad en la vida, sin miedos, sin ansiedad, porque no estarás solo.

Digámosle al Señor tantas veces como lo necesitamos:

"Creo; ayuda mi incredulidad" (Marcos 9: 24). ☆

Carmen Martínez cursa el profesorado de Pedagogía y Filosofía en el Colegio Adventista del Plata, Entre Ríos, Argentina.

# 100 AÑOS DE COLPORTAJE

Edsel Bouvet



## ¿Qué Es y Cómo Surgió la Obra de Colportaje?

**C**OLPORTAR es un término o vocablo derivado del francés, y significa "llevar del cuello". Los colportores valdenses (quizá los primeros) acostumbraban llevar los escritos sagrados que ellos copiaban en unas bolsas colgadas del cuello, debajo de sus ropas. Al parecer, este nombre fue tomado de esa práctica.

Los que conocemos la obra de colportaje desde hace 25 años o más, recordaremos que entonces se usaban dos bolsas de telas colgadas de los hombros debajo del saco. En una se llevaba el prospecto con la muestra de

los libros y en la otra una buena cantidad de revistas y folletos misioneros para vender o regalar a los clientes que no compraban los libros. Los valdenses, que vivieron en una época de intolerancia religiosa, empleaban este método para ocultar los escritos sagrados como cosa de gran valor y mostrarlos sólo a personas con interés espiritual. Los colportores que usábamos este sistema, lo hacíamos para evitar ser confundidos con los vendedores comunes y lograr fácil acceso a los hogares. El uso generalizado de portafolios y maletines llevó a dejar esta práctica que dio origen a nuestro nombre, colportores.

Desde la organización de la primera imprenta y los pasos sucesivos de modernización y ampliaciones, la producción de publicaciones, periódicos y li-

El pastor Edsel Bouvet es el director asociado del Departamento de Publicaciones de la División Sudamericana.

En los registros históricos  
denominacionales se considera el 3 de abril  
de 1882 como el inicio del colportaje  
evangélico.



Rubén González

bros fue abundante y muchos de ellos permanecían largo tiempo en los estantes de las casas publicadoras. Así pasaron 29 años. En el transcurso de ellos el Señor impresionó repetidas veces a Elena G. de White dándole mensajes sobre el particular.

“Algunas cosas de grave importancia no han estado recibiendo la debida atención en nuestras oficinas de publicaciones. Los hombres que desempeñan puestos de responsabilidad debieran haber elaborado planes por los cuales nuestros libros pudieran ser puestos en circulación y no continuar en los estantes, permaneciendo inertes después de salir de la prensa. Nuestros hermanos están atrasados y no se mantienen al paso con las oportunidades que la providencia de Dios abre” (*El Colportor Evangélico*, pág. 119).

“La prensa es un poder; pero si su producto muere por falta de hombres que ejecuten planes para hacerlos circular ampliamente, su poder se pierde. . . El poder de la prensa, con todas sus ventajas, se halla en manos de esos hombres; y ellos pueden utilizarlo sacando el máximo de provecho, o pueden estar medio dormidos y por la inacción perder las ventajas que sería posible obtener. Por cálculos juiciosos pueden extender la luz mediante la venta de los libros y folletos. Pueden enviarlos a millares de familias que ahora se hallan en la oscuridad del error” (*El Colportor Evangélico*, pág. 121).

En ese tiempo el Señor levantó a un hombre con un vivo deseo de predicar el triple mensaje angélico; se llamaba Jorge King. El pensaba que debía predicar a viva voz y con ese afán se pre-

## La obra del colportaje es una tarea divina donde todos

sentó al pastor Jaime White. El pastor White no vio en él las cualidades de un predicador de éxito, especialmente porque un defecto en el habla le impedía expresarse con claridad. Pero Jorge King, de nacionalidad canadiense, insistió en que se sentía llamado por Dios para predicar.

El siguiente relato, aparecido en *Church Officers Gazette*, de noviembre de 1941, nos mostrará cómo la mano de Dios conducía a este hombre:

“Oto C. Godsmark conoció a ese hombre que quería predicar. Su relato es tan interesante que lo condensamos aquí.

“Un sábado de mañana al principio del invierno de 1880 (enero a marzo), al fin de su sermón en la iglesia de Battle Creek, Michigan, el pastor Santiago White dijo a mi padre: ‘Tío Ricardo, no se vaya hasta que yo lo vea’.

“Como yo era muchacho, sentí curiosidad por saber qué nos diría el pastor White. Cuando la congregación se hubo retirado, el pastor White vino adonde estábamos y le dijo a mi padre:

“‘Hermano Godsmark, tengo un hombre en casa, y no sé qué hacer con él. Quiere predicar. Dice que Dios lo ha llamado a la obra, y tal vez sea así; pero no parece tener mucho de predicador. Es devoto y parece buen hombre. Pero no tiene instrucción. Me gustaría que usted lo llevara a su chacra. El podrá trabajar para cubrir su comida y alojamiento, y tal vez el próximo verano podamos emplearlo en la predicación en alguna carpa’.

“De tarde pasamos por la casa del hermano White y recogimos a un hombre alto y delgado. Colocó en la parte trasera de nuestro coche un viejo baulcito que contenía todas sus posesiones terrenales.

“Mi padre le dio un cuarto cómodo frente al mío, y recuerdo que con frecuencia me despertaban de madrugada

sus fervientes oraciones. Ayudaba en los quehaceres, y dedicaba mucho tiempo a leer la Biblia. Mi madre lo ayudó a preparar sus sermones y procuró enseñarle cómo presentarlos.

“Un día, cerca de la primavera, vino a visitarnos la única familia sabatista que vivía a varios kilómetros de nuestra casa, y se hicieron arreglos para que después del almuerzo, ese hombre predicara su primer sermón.

“Este hermano rehusó almorzar ese día, y aunque hacía mucho frío, pasó el tiempo del almuerzo en el establo, orando fervientemente. Después del almuerzo ordenaron las sillas, y el ‘auditorio’ se inclinó en oración antes de llamar al ‘predicador’.

“El sermón fue corto, pero resultó un completo fracaso. Al salir del cuarto este hermano pidió con lágrimas que oraran por él, para que se cumpliera la voluntad de Dios.

“Después de otra oración y de un largo silencio, porque ninguno quería expresar una opinión adversa, mi madre se puso de pie y dijo que era evidente que este hermano no había sido llamado a predicar en la manera en que otros predicaban. Pero podría tener éxito como predicador hogareño. Es decir, podría visitar a la gente en sus hogares y predicarles conversando con ellos y distribuyendo folletos.

“Mi padre dijo que si ese hermano quería seguir ese plan, él proveería con gusto los folletos que pudiese usar y el dinero para mantenerse.

“Este hermano aceptó la propuesta como un llamado de Dios. Ese lunes salió de casa con una cartera llena de folletos, y con dos dólares, que le alcanzarían hasta el próximo viernes de noche, en que volvería a casa.

“Llegó el viernes pero este hermano no volvió. Llegó el sábado de mañana y aún no había vuelto. Estábamos preocupados por él. Cuando llegamos a la

## los hijos e hijas de Dios pueden colaborar

iglesia, lo encontramos allí, tan rebosante de felicidad, que apenas podía contarnos las ricas bendiciones que había experimentado al visitar a la gente en sus hogares y hablarles del mensaje. Durante esa primera semana, no sólo había regalado muchos folletos, sino también había vendido por valor de 0,62 de dólar.

“El lunes siguiente salió de nuevo con su cartera llena de folletos y con 2,62 dólares. Esa fue la última vez que se hospedó en casa. Esa segunda semana consiguió vender todas las publicaciones que llevaba. Desde entonces compró las publicaciones directamente de la *Review and Herald*.

“Durante ese otoño (octubre a diciembre), ese hombre instó tan entusiastamente a los hermanos presentes en el Congreso, que decidieron preparar una edición especial del libro *Daniel y Apocalipsis*. Recuerdo que él decía que si se preparaba otro cuadro de la bestia terrible de Daniel 7, dándoles un tamaño mayor y un aspecto más fiero, y si se imprimía en rojo, él podría vender esos libros como pan caliente.

“Así, el hombre con el cual el pastor White no sabía que hacer, llegó a ser el iniciador del colportaje, el maravilloso medio de llevar el mensaje hasta los remotos confines de la tierra”.<sup>1</sup>

El hermano D. W. Reavis, en su testimonio escrito insertado en el primer libro vendido de aquella tirada de sólo 500 ejemplares que realizara la *Review and Herald*, declara lo siguiente:

“Según mi conocimiento personal éste es el primer ejemplar del primer libro grande de colportaje de nuestra denominación, encuadernado por la *Review and Herald Pub. Ass.* Una pequeña edición combinada de los ejemplares *Pensamientos sobre Daniel y Pensamientos sobre Apocalipsis*, fue

publicada por la ferviente solicitud del Hno. Jorge King, para su venta personal.

“Mientras esperaba que los libros fueran encuadernados, el Hno. King trabajó a mi lado, seleccionando paja de escobas en la fábrica Lewis de escobas, de Battle Creek, Michigan. El iba contando los días a medida que pasaban, hablando continuamente de las posibilidades de los libros de colportaje para dar al mundo el mensaje del tercer ángel.

“En el día y a la misma hora en que le fue prometido el primer ejemplar (a las 9 de la mañana del 3 de abril de 1882), el Hno. King dejó la fábrica y se fue a la oficina de la *Review and Herald*, y consiguió éste, el primer ejemplar que fue terminado. Con gran satisfacción y entusiasmo, lo trajo a la fábrica para mostrarlo a sus compañeros de trabajo. Después de la demostración que hizo, el Hno. King insistió en que yo comprara ese primer ejemplar para la ‘buena suerte’ de los libros de colportaje de la denominación.

“Al principio me burlé de esa idea, pero al fin cedí a la persuasión del Hno. King, le pagué \$ 2,50 y recibí el libro. Ahora su valor no puede estimarse en dinero. Existe como visible evidencia de la dirección de Dios en los asuntos de los hombres y de la institución, para el desarrollo y la terminación de su mensaje final en este mundo”.<sup>2</sup>

En síntesis, la obra de colportaje es una tarea divina donde todos los hijos e hijas de Dios pueden colaborar para dar prontamente la luz de la verdad al mundo. ¿No es éste un desafío para cada joven que espera la segunda venida de Jesús? ☆

<sup>1</sup> Nicolás Chaij, *El Colportor de Exito* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1974), págs. 36 y 37.

<sup>2</sup> *Ibid.*, págs. 38 y 39.

**E**RA UN MEDICO prominente. Y aunque no todos aprobaban sus métodos y las prescripciones que requería de sus pacientes, las recuperaciones eran fenomenales, y a menudo espectaculares.

Había leído algo acerca de su participación en una arriesgada misión de rescate que, si hubiera fallado, le hubiera costado su futuro. Pero él había entendido, aparentemente, que valía la pena, a pesar del riesgo involucrado.

Siendo tímida por naturaleza, trataba de evitar encontrarme con él, por temor a que mis insuficiencias parecieran más evidentes. Es extraño, sin embargo, que cuando nos encontramos enseguida me hizo sentir cómoda.

Casi antes de que me diera cuenta estábamos hablando de cosas que realmente me interesaban mucho. Aunque nuestros antecedentes y nuestra formación eran muy distintos, a él no parecía importarle, aparentemente sólo le interesaba que estuviera cómoda.

Me preguntaba si él sabía cuán pobre e incapaz era yo. Pero a medida que nos fuimos conociendo mejor, me encontré a mí misma contándole cosas que no le habría contado a ninguna otra persona. Pero aún así, todavía buscaba mi compañía. Por algún tiempo no pude convencerme de que su interés personal en mí fuera real.

Y había algo muy gratificante en nuestra amistad. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más deseaba ser el tipo de persona que yo iba descubriendo que él era: amante, cariñosa, cálida, comprensiva. Vi en él las cualidades que siempre había deseado tener pero que no habían surgido naturalmente en mí.

Sus habilidades y sus realizaciones superaban completamente las mías, pero cuando estábamos juntos no me lo hacía notar. En verdad, me hacía sentir que yo era muy importante para él, aunque era difícil para mí entender cómo.



## EL MEDICO

June

Tenía la maravillosa facultad de percibir cuando mis sentimientos estaban en descenso y las lágrimas a punto de aflorar. En momentos como



Hugo Primucci

## D AMABLE

owen

éstos, nunca trataba de presionarme con un espíritu alegre, jocosos o de "olvidémonos—de—todo—este—asunto". En lugar de eso, parecía

apesadumbrarse conmigo y su sola simpatía lograba elevarme.

Era la amistad por excelencia, y yo temía que no podía durar.

Una vez sugirió que diéramos un paseo juntos la siguiente vez que tuviera un día libre. Me sentí halagada. Era primavera, y los campos que se extendían desde los suburbios de la ciudad estaban en su esplendor. No me había dicho adónde íbamos a ir pero, suponiendo que desearía estar lejos de su apretada agenda, preparé un sustancioso almuerzo y me vestí como para ir al campo.

Me sorprendí cuando vi que nos dirigíamos a los suburbios. Las multitudes me aturdían y el aire parecía olvidar que era primavera mientras pendía pesadamente entre los altos edificios.

Tratando de recobrar el espíritu de la estación, me detuve para estudiar las nuevas modas de los estilizados maniqués en las vidrieras de las tiendas. Cuando me di vuelta, buscando su aprobación, lo encontré hablando con un hombrecito sin piernas que vendía lápices en la calle.

Busqué en mi cartera unas pocas monedas, pero el hombre pareció no darse cuenta de mi presencia cuando las deposité en su mano. Estaba, obviamente, concentrado en lo que el doctor le estaba diciendo. La apariencia de su rostro era casi de adoración.

Mientras proseguíamos nuestro camino por entre la multitud, noté que la gente sonreía. Vi que mi compañero, alto y más bien tranquilo, parecía tener una sonrisa para cada uno. Y funcionaba como un excelente estímulo para quienes estaban acostumbrados al enfoque moderno, sin compromisos. No podía evitar el sentirme orgullosa de estar con él.

Mi nuevo amigo caminaba siempre cuando salía a hacer visitas, de manera que al acercarnos a un negocio de venta

de automóviles, bien provisto de los últimos modelos, me dediqué a estudiarlo para captar su reacción. Conociendo el pensamiento masculino como yo creía conocerlo, estaba segura de que nos detendríamos por un rato. El desgreñado joven que estaba puliendo un modelo deportivo cerca del fondo del negocio pareció atraer la atención de mi compañero.

Me quedé observando los carteles con los precios en los parabrisas de los autos mientras ellos conversaban. Yo no podía oír lo que decían, pero noté que el muchacho tenía una expresión sorprendida pero agradable en su rostro, mientras enderezaba sus hombros y decía al despedirse: "¡Hombre, muchísimas gracias!"

El olor de un grasiento puesto de venta de emparedados acababa de ofender mi nariz cuando el gruñido de un perro de dudosa raza detuvo nuestros pasos. Yacía en el cordón, donde había sido pateado por un insensible cliente. Para entonces estaba comenzando a conocer a mi compañero mucho mejor (o al menos eso pensaba).

Espere verlo echar al animal. Pero se detuvo, y en lugar de eso acarició su sarnosa cabeza hasta que su cola peluda, poco acostumbrada a agitarse, comenzó a golpear con débil ritmo sobre el sucio pavimento.

Busqué en mi canasta un emparedado, que él alcanzó al hambriento perro mientras los sorprendidos transeúntes miraban incrédulos. Cuando seguimos caminando, el perro nos siguió muy cerca detrás.

Nos acercamos a un barrio de la ciudad que yo no conocía muy bien, pero mi guía parecía estar precisamente en casa. Era evidente que había estado allí antes. Niños y niñas, con el remanente de los resfríos del invierno corriendo por su nariz y con pies descalzos y sucios, aparecían luchando por ser los primeros en tomarse de sus manos. Hasta llegué a pensar si él recordaba que yo estaba

allí. La cháchara excitada de los niños hacía aparecer rostros curiosos en las ventanas de los conventillos.

Al ver quién era, sonreían y lo saludaban alegremente. Con toda seguridad, él no era un extraño allí.

—¿Cómo está la señora García esta mañana? ¿No tan bien? Oh. . . cuánto lo siento.

Se volvió hacia mí y me señaló una escalera estrecha y carcomida.

—Subamos.

Las habitaciones estaban en el estado de desarreglo que se puede esperar como resultado natural de una gran familia de pequeños y la larga enfermedad de una madre. Pero el doctor pasó hábilmente sobre los juguetes, sin pisarlos, y pareció no ver los platos sucios mientras se dirigía a la habitación de la señora.

Junto a la cama, era hermoso observar su trato. Mientras oraba antes de irnos, noté que mencionaba el nombre de cada niño en su oración.

—¿Dónde está el padre? —pregunté cuando bajamos a la calle nuevamente.

—Ha muerto —contestó. Y luego continuó con una voz llena de tristeza y pesar —¿cómo me gustaría que no hubiese sido así!

Yo había dejado el resto de nuestro almuerzo sobre la mesa de esa casa sabiendo, aun sin preguntar, que eso era lo que él deseaba que hiciera.

Mientras regresábamos a casa, pasamos junto a un alegre grupo que jugaba un improvisado partido con una apaleada pelota. El se detuvo para probar unos tiros y preguntó cómo iba el juego. Cuando nos dispusimos a seguir, los niños rogaban que volviera.

Finalmente regresamos y súbitamente me di cuenta cuán cansada y hambrienta estaba. Suponía que él se sentiría igual, pero parecía deslumbrado por los contactos de aquel día con la gente.

Respondiendo a mi invitación, se sentó en el pasto y por primera vez noté una de sus fuertes manos. Entonces la vi. . . Vi una tosca herida en su palma. ☆



# Tres en la gran aventura

Jorge Ariel Barrios

**L**A PUERTA se abrió explosivamente, y toda la salud, ímpetu y fortaleza que dan los 17 años, entraron con Gabriel

El pastor Jorge A. Barrios, licenciado en Teología, es director del Departamento de Publicaciones de la Unión Austral.

que regresaba de una práctica de vóleybol con el tiempo justo para llegar al comedor a tomar su cena antes del cierre del mesón. Cristian y Carlos, sus dos compañeros de pieza, estaban todavía en la habitación. El primero, listo

ya para concurrir al comedor, donde no sólo lo esperaban los reconfortantes alimentos, sino también Elena, con quien podría sentarse a compartir gratos momentos. Cristian había comenzado a cambiar sus hábitos de puntualidad desde el día en que su mirada quedó detenida en los tremendos ojos azules de Elena. Claro, luego descubrió que tenía muchas afinidades, que sentía una gran simpatía por ella y. . . bueno, ustedes se imaginan el resto.

Carlos parecía no haberse dado cuenta, ni de la entrada de Gabriel, ni de la inminente salida de Cristian, pues sólo había levantado fugazmente la vista ante el choque de aire que se produce cuando se abre una puerta repentina y fuertemente, para luego seguir, al parecer, la tan interesante lectura del librito que tenía entre sus manos.

Gabriel, como queriendo interceptar la salida de Cristian, le dijo:

—¿Vas al comedor? ¡Espérame, me ducho volando!

—Elena debe estar ya en el comedor y hoy es el día clave: ¡Me tiro a la piletta! —dijo Cristian no queriendo escuchar una posible réplica—. ¡Tengo un hambre bárbaro!

Gabriel hizo un fugaz gesto de desencanto y comenzó a buscar los elementos que necesitaba para la refrigerante ducha en su muy ordenado guardarropas. Recién entonces sus ojos se posaron en Carlos, y desconectándose de su habitual energía, se sentó en una de las camas.

—¿No vas a la cena, varón? —preguntó Gabriel, y antes de recibir contestación, volvió a preguntar— ¿qué estás leyendo en ese librito?

Distraído y pensativo, Carlos levantó la vista y le hizo una pregunta en forma tajante y sorpresiva a Gabriel.

—¿Qué harás este verano?

Gabriel, con los ojos muy abiertos, juntó los cinco dedos de su mano de-

recha en el clásico gesto que en la jerga juvenil significa asombro y desconcierto.

—¿A qué viene esto ahora —preguntó Gabriel—, si prácticamente recién regresamos de nuestras vacaciones de invierno?

Corría el mes de septiembre, por lo tanto la extrañeza de Gabriel tenía cierta lógica.

—Es que estoy pensando que sería bueno colportar —respondió Carlos.

—¡¡¿Colportar?! ¿Qué bicho te picó? —dijo Gabriel mientras llevaba su índice a la sien para dar más énfasis a su declaración.

—Sí, colportar —dijo Carlos serena y firmemente.

—¿Dejar el club, las piletas, los deportes, el dormir sin timbres y llamados inoportunos? ¿No saborear durante todo el verano la deliciosa y bien servida comida de mamá? ¡Por qué no vas a la enfermería para que te tomen la temperatura! —replicó Gabriel con marcado tono de burla.

Carlos conocía interiormente a Gabriel, sabía de su profunda espiritualidad y haciendo caso omiso de su burla continuó hablando.

—¿Piensas trabajar en la obra como misionero?

—¡Claro que sí! —contestó Gabriel.

—Entonces —repuso Carlos—, escucha esto: “El Señor llama a los jóvenes a trabajar como colportadores y evangelistas, a realizar la obra de casa en casa en lugares que aún no han escuchado la verdad. El se dirige a nuestros jóvenes diciendo: ‘Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios’. Los que avancen en la obra bajo la dirección de Dios serán maravillosamente bendecidos. Los que en esta vida hacen lo mejor posible serán idóneos para la futura vida inmortal”.

—¡Ah! ¡Claro! —repuso Gabriel—, estás leyendo el librito de los colportores. Pero eso es para los que quieren dedicarse a vender libros, nosotros estamos estudiando para trabajar más tarde para la iglesia.

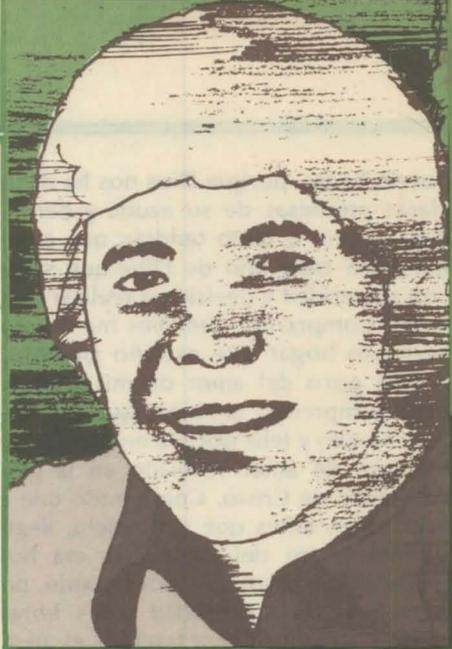
Carlos tenía en Gabriel uno de sus mejores amigos y compañeros, por eso insistió.

—Mira lo que dice aquí; en el capítulo 5.

—Me cierran el mesón —dijo Gabriel, como queriendo evitar la lectura, mientras miraba la hora—. ¡Zas! Ya no tengo tiempo, los muchachos deben estar regresando —agregó a la vez que pensaba en el hambre que pasaría hasta el desayuno.

—Escucha —insistió Carlos y comenzó a leer dando énfasis y marcado fervor a las palabras—. “El Señor ha instituido un plan por el cual muchos de los alumnos de nuestros colegios pueden aprender lecciones prácticas necesarias para tener éxito en la vida posterior. Nos ha dado el privilegio de colocar preciosos libros que han sido dedicados al avance de nuestra obra educativa y médica. Mientras trabajan con estos libros, los jóvenes adquirirán una experiencia que les enseñará cómo hacer frente a los problemas que los esperan en regiones más lejanas. Durante su vida escolar, a medida que manejan estos libros, muchos aprenden cómo aproximarse a las personas en forma cortés, y cómo ejercer tacto para conversar con ellas sobre diferentes puntos de la verdad presente. Al alcanzar un grado de éxito financiero, algunos aprenderán lecciones de economía, que serán de gran ventaja para ellos cuando sean enviados como misioneros”.

Gabriel escuchaba pensativo. Carlos aprovechó para adelantar unos párrafos y proseguir.



“Cuando finalizan las clases, habrá oportunidad para que muchos salgan al campo como colportores evangélicos. . . Como estudiantes, debéis estar siempre aprendiendo en la escuela de Cristo, habréis de aportar a vuestra obra el capital de energía física y mental que os fue confiado. Dios no aceptará un corazón dividido. . . Habéis de ofrecer a Dios nada menos que lo mejor que poseéis. Debéis hacer una obra cada vez mejor mientras ponéis en práctica lo que aprendéis. . . Esta obra es un medio de educación. Es una excelente escuela para aquellos que se están calificando para entrar en el ministerio. . . Se comisiona a los ángeles para acompañar a aquellos que emprenden esta labor con verdadera humildad”.

—¿Sabes? —continuó Carlos—, este librito, *El Colportor Evangélico*, lo encontré en la biblioteca de mi padre, comencé a leerlo y desde entonces no me quedé tranquilo. Desde aquella vez, me he preguntado una y mil veces: ¿Será que Dios está conforme con mi vida de estudiante? Pero no me siento satisfecho con mis respuestas. No puedo decir que es una obra difícil, que no

puedo hacer, porque Dios nos ha dado claras promesas de su ayuda y bendición, y por lo tanto tendrán que cumplirse en cada hijo de Dios que salga con sinceridad y decisión a realizar esta tarea. Comprendo que Dios me dio un hermoso hogar que extraño siempre, donde gozo del amor de mis padres. Pero comprendo también, que ese hogar es bello y feliz porque en él entró el mensaje de amor revelado en la gloriosa cruz de Cristo. Comprendo que a ese hogar, antes que yo naciera, llegó un mensajero del Cielo que era humano como nosotros y por lo tanto, no reparó en la comodidad y las horas junto a su familia para traernos el mensaje. A veces me pregunto: ¿Qué hubiera sido de mi hogar si ese misionero nunca hubiese llegado? ¿Qué sería de mis padres, de mis hermanos, si alguien por comodidad o indiferencia no lo hubiese hecho? ¿Estaría yo en este hermoso colegio? ¿Seríamos amigos y hermanos, Gabriel? ¿Sería un muchacho con una gran esperanza fundada en la salvación y la vida eterna?

Gabriel seguía pensativo, pero sus ojos parecían revelar una resolución. Se había olvidado ya de la cena y del hambre. Se había olvidado del baño y escuchaba atentamente con la toalla enrollada en sus atléticas muñecas. El también había sido testigo de las hazañas de otros compañeros que participaron en las campañas de colportaje. Muchas veces había escuchado inspiradores relatos de alumnos que como Ricardo, Adrián, Roberto y muchos otros tuvieron éxito personal y material en los veranos. Pero él había permanecido casi indiferente. No veía mal que otros lo hicieran y hasta tenía cierta admiración por ellos, pero no estaba dispuesto a perderse el deleite de sus merecidas vacaciones de verano. Había sido siempre un buen alumno y sus padres estaban contentos con ello. En una oca-

sión había concurrido a la clásica asamblea donde hasta se sacó un libro de premio. Había alcanzado a comprender, por lo que se dijo en ella, que era una tarea buena, necesaria, pero nada más. Su comodidad, como la de Carlos, había apagado siempre el débil llamado de su conciencia. Pero ahora. . . estas citas y la inquietud de su gran amigo parecían estar tocando su corazón. . .

—¿Qué harás tú, Carlos? —preguntó.

—¿Yo?. . . Pienso colportar y necesito un compañero para tomar juntos la gran decisión. ¿Qué te parece si compartimos esta gran aventura?

—Tendré que consultarlo con mis padres —dijo Gabriel. Pero, ¿no crees que ellos se pondrían contentos, ya que nosotros, por nuestra propia iniciativa, hemos decidido realizar una tarea misionera tan extraordinaria? ¡Más, cuando ello puede significar un alivio al gran sacrificio económico que les demandan nuestros estudios! Nunca los escuchamos quejarse, pero sabemos que se privan de algunas cosas por darnos esta preciosa oportunidad. ¿No vale la pena intentar lo teniendo en cuenta todo eso? Pero no debe ser un intento efímero, si me va bien sigo o si me va mal dejo; sino la actitud resuelta de quienes han decidido ser misioneros victoriosos.

—¿Lo hacemos, varón? —dijo Gabriel.

—¡Lo hacemos! —dijo Carlos mientras extendía su mano hacia su amigo y compañero en un pacto de alianza que se sellaba con el entusiasmo propio de sus años.

En ese mismo momento Cristian volvía del comedor, sus pensamientos parecían flotar en el etéreo camino que lleva al noviazgo. Al verlos unidos de la mano, corrió hacia ellos.

—¡Me arreglé con Elena! —les dijo contento.

Pero Gabriel y Carlos estaban en otra cosa. Ahora querían entusiasmar con la

idea a su gran amigo y compañero. Lo sentaron prácticamente a la fuerza y comenzaron a contarle su nuevo propósito respecto a la gran aventura que pensaban vivir en el verano. Cristian escuchaba sorprendido y perplejo las palabras que trataban de reclutarlo para la futura experiencia.

—Pero... me gustaría en las vacaciones visitar la hermosa finca de los padres de Elena —dijo tratando de expresar su anhelo a modo de defensa.

La conversación siguió con un entusiasmo de parte de sus amigos que no daba lugar a la réplica. Cristian era un gran amigo y compañero, y en ocasión de su bautismo —que había sido llevado a cabo junto a su familia— había aceptado sinceramente el mensaje de salvación. Desde entonces había comenzado a arder en su interior la llamita del deseo de servir al Señor. Esa llamita, ante la exhortación entusiasta y sincera de Gabriel y Carlos, se convirtió en una llama que envolvió su corazón. Los tres estaban listos para la gran aventura.

Asistieron a la asamblea y a todas las clases de técnica de colportaje. Y así, en plena convicción de lo que querían realizar salieron ese verano. Trabajaron duro, tuvieron que sortear algunas dificultades, pero lo hicieron con la felicidad que gozan todos los jóvenes de temple y espíritu fuertes.

Los tres, sin excepción, dijeron que fue un excelente y provechoso verano donde vivieron la gran aventura misionera que les dejó a cada uno ricas experiencias. Visitaron muchos hogares, se relacionaron con diferentes tipos de gente y se sorprendieron por la solicitud con que esa gente les volcó, en estrecha confianza, sus problemas y preocupaciones. Se habían sentido necesarios, se habían sentido valientes y por sobre todo, agradecidos por lo que el Señor hizo por ellos. Una de las



familias que les abrió las puertas de su casa para pasar con ellos las fiestas de fin de año, quedó estudiando la Biblia con el misionero de la zona y quizá puedan ser las primeras almas que lleven a los pies de Cristo. Además, Gabriel ganó su beca y Cristian y Carlos en una campaña parecida, tres cuartos de beca.

Cristian, Gabriel y Carlos sentían que habían regresado con una aureola de valentía, con la certeza del cumplimiento de una gran responsabilidad, sintiendo en sus conciencias que este verano no holgazanearon egoístamente, sino que trabajaron por las almas que tiene Cristo en este mundo.

Los tres jóvenes enfrentaron una decisión que les proporcionó una preciosa experiencia, grabada con caracteres de fuego. Ellos viven el presente preparándose para un porvenir de servicio. Tres jóvenes distintos. Tres jóvenes que vivieron una gran aventura misionera y volvieron al colegio con la seguridad de haber cumplido en parte el deber que tiene todo hijo de Dios para con Cristo.

Los nombres que se usan en este relato son ficticios.

# OPINIONES SOBRE EL COLPORTAJE

Algunos de los hombres que dirigen el colportaje respondieron a una encuesta y opinan que:

1. En relación con el pasado, el colportaje está decayendo (cuatro opinan que sí y once que no).
2. Debemos distribuir nuestras publicaciones porque:
  - Dios lo ordena (23 votos).
  - necesitamos más trabajo para nuestras casas editoras (1 voto).
  - el espíritu de profecía lo predijo (4 votos).
  - necesitamos ganar la beca del verano para poder estudiar (1 voto).
  - debemos evangelizar a la gente (13 votos).
3. Nuestras congregaciones:
  - le dan mucha importancia al colportaje (ningún voto).
  - no le dan mucha importancia al colportaje (11 votos).
  - quieren que haya colportores pero no creen que ellos mismos pueden realizar esa tarea (10 votos).
4. Los jóvenes deben integrarse a la tarea de distribuir nuestras publicaciones (16 votos).
5. El joven que ha colportado tiene una mejor preparación para servir en la iglesia que quien no lo ha hecho jamás (16 votos).

**Encuestados:** Jorge Ariel Barrios, Osvaldino Bonfim, Patrocínio Bravo Julca, Alfredo Fernández Algaré, Julio Ferreyro, Luis L. Gavin, Omar Guzmán Lastra, Eliel Medina Escobar, Humberto E. Nikolaus, David E. Posodente, Juan Ramírez Ruiz, Luis Tenorio Santa Cruz, Manuel Vallejos C., Peter Weber Abend, Ricardo Zambelli.

Con referencia al punto 1, el pastor Humberto E. Nikolaus, de la Asociación Paraguaya, manifiesta que cree que el colportaje en las iglesias ha decaído. El pastor Jorge Ariel Barrios, de la Unión Austral, afirma al tocar el punto 2 que toda motivación para colportar debe estar subordinada al deseo personal de cumplir el mandato divino de evangelizar por medio de las publicaciones denominacionales.

El pastor Osvaldino Bonfim, de la Unión Sur del Brasil, hace varios comentarios. En primer lugar agrega otro motivo por el cual se deben distribuir las publicaciones: para educar a la juventud y formar dirigentes cristianos. También establece un interesante paralelismo entre la situación actual del colportaje en las iglesias y los diez espías que trajeron un informe negativo de Canaán al pueblo de Israel. Por último, al referirse a la integración de los jóvenes a la tarea del colportaje, opina que los dirigentes deben crear en los colegios una atmósfera que invite a colportar, teniendo en cuenta que si los jóvenes no salen a hacerlo el problema no radica sólo en ellos.

\* En estos casos los encuestados pusieron varias respuestas.



## Es sólo un sueño

Un niño caminaba una tarde por un cementerio. Distruido, paseaba entre las tumbas, entreteniéndose en leer las inscripciones de las lápidas. Una de ellas llamó su atención. Decía: "Detente, amigo que pasas. Yo fui una vez como tú eres ahora. Tú serás, algún día, como yo soy ahora. De manera que prepárate para seguirme". El niño arrugó el ceño. Revolviendo en su bolsillo, encontró una tiza y escribió debajo: "No me agrada seguirte sin saber dónde has ido".

Para mucha gente, analizar el tema de la muerte tiene tanto atractivo como darse una zambullida en el río una fría noche de invierno. Consideran que es mejor evitarlo todo lo posible. Se olvida de que Dios tiene novedades muy tranquilizadoras para darnos. Y lo que es más, tener un claro concepto de la muerte nos prepara para la mayor aventura: disfrutar de la vida.

1. ¿Qué dos preguntas —que se hacen todos los seres humanos— se formulaba Job? - Job

14: 10, 14 (AT 626) .....

Desde que el hombre descubrió que es mortal, todos nos hacemos alguna vez ambas preguntas: ¿Dónde está el hombre cuando muere?, y ¿volverá a vivir?

2. ¿Cuál fue el mecanismo de la creación del hombre? - Génesis 2: 7 (AT 3) .....

Para entender qué es la muerte, necesitamos saber qué es la vida. Y nadie mejor que el Creador para aclararlo. Dios hizo a Adán en forma muy sencilla: tomó un elemento material (polvo) y le agregó un elemento sobrenatural (aliento de vida). El resultado fue un ser vivo, completamente diferente a los dos elementos que lo componían. Algunas versiones de la Biblia dicen que el hombre fue un "alma" o un "ser" viviente. La mejor definición que podríamos dar para alma es: "el ser humano en estado de vida". Mientras ambos elementos están unidos, existe la vida, de la misma manera que cuando tomamos un elemento material (una lámpara), y le agregamos energía (electricidad), aparece un elemento nuevo, la luz.

3. En su descripción de la declinación del hombre hacia la muerte, ¿cómo describe Salomón la cesación de la vida? - Eclesiastés 12: 7

(AT 819) .....

Habiendo entendido el fenómeno de la vida, es fácil entender qué pasa al morir, ya que es el mecanismo inverso. Lo que antes estaba unido se separa. El polvo vuelve a la tierra, como era antes, y el espíritu o soplo de vida vuelve a Dios que fue quien lo dio. Ya no podemos hablar de alma, porque ésta era la unión de los dos elementos constitutivos.

4. ¿Cuál es la expresión más común que usa la Biblia para referirse a la muerte? - Daniel 12:

2 (AT 1097) .....

5. ¿Cómo usó Jesús la misma expresión al referirse a la muerte de su amigo Lázaro? - Juan

11: 1-15 (NT 152/231) .....

Aquí tenemos un caso muy interesante. Le avisaron a Jesús que su amigo estaba enfermo. Sin embargo, él demoró su viaje. Después de unos días decidió viajar a Betania. Mientras lo hacía, comenzó a decir a sus discípulos que Lázaro dormía, y que iba a despertarlo. Los discípulos se alegraron, pensando que el sueño era señal de mejoría, pero seguían inquietos por los rumores de que la vida de Lázaro había concluido. Jesús aclaró entonces: Lázaro ha muerto. Lo que siguió después fue el maravilloso milagro de su resurrección.

6. ¿Qué ocurre con los planes y proyectos del hombre al morir? - Salmos 146: 4 (AT 761)

7. ¿Qué pasa con sus sentimientos? - Eclesiastés 9: 6 (AT 816) .....

8. ¿Sabe algo de Dios? - Salmos 6: 5 (AT 658) .....

9. ¿Qué sabe de su familia? - Job 14: 21 (AT 627) .....

10. En una palabra, ¿qué saben los muertos del mundo de los vivos? - Eclesiastés 9: 5 (AT 816) .....

¿De qué otra manera podría Dios aclarar mejor lo que ocurre cuando un hombre muere? No tenemos necesidad de estar a oscuras en esto. Por eso la Biblia utilizó indistintamente la expresión "morir" y "dormir".

11. ¿Hasta cuándo permanecerán los muertos en el sepulcro? - San Juan 5: 28, 29 (NT

141/214) .....

Uno de los mensajes más claros de la Biblia es el que destaca que la muerte no es el fin. Habrá una resurrección, cuando Dios dará, a quienes escogieron la vida, vida por la eternidad.

Mucha gente vive angustiada por el ministerio de la muerte. La Biblia nos permite recorrer la cortina que nos separa de esa triste frontera, y ver más allá. El mensaje es claro: los muertos duermen, no pueden dañar ni beneficiar a los vivos. La esperanza está en Aquel que dijo: "Yo soy la resurrección y la vida" (S. Juan 11: 25), Aquel que compró la vida eterna con el sacrificio de su propia vida.

No importa si hemos de vivir muchos o pocos años. Nuestra gran preocupación es hacer hoy nuestra decisión por Jesús, porque "Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo de Dios, tiene también esta vida" (1 Juan 5: 11, 12).

**Enseñanos a contar bien nuestros días, para que nuestra mente alcance sabiduría.**

**Salmo 90: 12.**

MI DECISION: Señor, gracias por la vida. Enséñame a apreciarla y que, caminando contigo, no tema a nada, ni siquiera a la muerte.

FIRMA: ..... FECHA .....

Los números entre paréntesis indican las páginas en las versiones populares **Dios Habla Hoy** y **Dios Llega al Hombre**, respectivamente. En el caso de la primera, se indica la sección con AT (Antiguo Testamento) o NT (Nuevo Testamento).



## Los jóvenes adventistas cantan

El Coro Adventista de Neuquén, Argentina, integrado casi en su totalidad por jóvenes, cumplió su segundo aniversario. Dirigido por Enoc Cares y Margarita de Wainz, fue organizado el 15 de marzo de 1980. Sus veinte integrantes tuvieron siempre presente dos objetivos principales: alabar a Dios y llevar el mensaje al mundo mediante el canto.

Además de participar en los cultos de la Iglesia de Neuquén y en sus reuniones de evangelización, éstos jóvenes llevaron programas musicales a las iglesias y grupos de Centenario, Cipolletti, General Roca, Villa Regina y San Carlos de Bariloche, todas estas ciudades del sur argentino. En septiembre del año pasado, con motivo de

los festejos del 77º aniversario de la ciudad de Neuquén, el coro participó en un festival musical organizado por la Escuela Municipal de Música, a total beneficio del Centro de Discapacitados de Neuquén. Los planes para el corriente año incluyen, entre otros, cantar en los ciclos de conferencias que se dictarán en las ciudades de Cutral-Có y Centenario, y también en las radiodifusoras locales.—*Margarita B. de Wainz.*

## Actividades de la juventud rosarina

El Consejo Distrital de Jóvenes Adventistas (C.D.J.A.) es una asociación juvenil de las iglesias de Rosario, Argentina, que tiene por objetivo unir a la juventud rosarina en Cristo. Dicho consejo surgió a mediados de 1981, está integrado por

dos representantes jóvenes de cada iglesia de esa ciudad y lo preside el pastor del distrito, Carlos Kalbermatter.

A los efectos de cumplir su objetivo, los jóvenes han realizado ya interesantes actividades, a saber: una Santa Cena especial para los jóvenes de todas las iglesias; un retiro espiritual a cargo del pastor Basilio Zawadzki, una concentración de la juventud en la Iglesia Central de Rosario donde la egiptóloga Margarita de Castagnino presentó un audiovisual acerca de Tierra Santa (a raíz de este acontecimiento dicha señora está estudiando la Biblia); y una fiesta de Navidad con juegos, regalos y entretenimientos para todos.

El C.D.J.A. tiene muchos planes para este año que, mediante la ayuda de Dios, lograrán más jóvenes para Cristo. —*Roberto Almeida*, director de Jóvenes de la Iglesia Rosario Oeste.

De aquí en más, disfrutarás de la compañía de Edro y su amiga Alicia, ambos fueron creados para aguijonear tu pensamiento y, por qué no, para invitarte a sonreír.

EDRO y ASOCIADOS

MARSON - DURÁN



dad Dios en la UNIVERSIDAD Dios en la univ  
os en la univer SIDAD DIOS EN la universidad  
n la universi AD DIOS EN LA UN iversidad Di  
universidad DIOSEN LA UNIVER sidad Dios  
en la univers IDA DIOS EN LA iversidad  
rsidad Dios EN LA UNIVER SIDA d Dios en k  
dad Dios en LA UNIVER SIDA DIOS en la univ  
s en la univ ERSIDAD DIOS EN LA U iversida  
la universi DAD DIOS EN LA UNIVER sidad Dio  
niversidad d DIOS EN LA UNIVER SIDAD Dios en  
Dios en la UNIV DIOS EN LA U iversid  
a univers DAD DIOS EN LA UNIVER sidad Di  
dad Dios EN LA UNIVERSIDAD DIOS en la un  
la unive RSIDAD DIOS EN LA UNIVE rsidad l  
versidad DIOS EN LA UNIVERSIDAD Dios en l  
Dios en LA UNIVERSIDAD DIOS EN LA unive

# Dios en la Universidad

Ariel Pérez

**D**ESDE aquel día de octubre en que las fechas de exámenes aparecieron en las carteleras de la universidad, me pregunté si Dios realmente estaría con nosotros. Entre apretujones llegué hasta las pizarras y con una libreta de notas en mano anoté las fechas. Fue difícil salir del salón, pero de regreso al aula observé en el calendario qué día debía rendir.

Tenía frente a mí una mala noticia. Estaba pensando en ella cuando dos de mis compañeros llegaron sobresaltados por el mismo motivo: debíamos rendir una materia en sábado.

Entre los ciento cuarenta alumnos del curso, Claudia y yo éramos los únicos adventistas y nos habíamos mantenido firmes durante todo el año en la posición de no asistir a clases los sábados. Como consecuencia, habíamos quedado libres en tres materias, y ahora nuestros

compañeros nos miraban expectantes. ¿Entraríamos en dificultades en una cuarta asignatura? ¿Estaríamos dispuestos a perderla por no rendir en sábado? Yo podía leer en sus rostros sus dudas de que resistiéramos la prueba. Veía en ellos la poca comprensión hacia nuestra actitud, aunque nos admiraban porque hasta ese momento habíamos aceptado afrontar las consecuencias. Muchas charlas de horas libres no habían alcanzado para que entendieran que las leyes de los hombres están después de las de Dios.

La decana de la facultad tampoco había entendido nuestra actitud cuando le referimos el problema a principios de año.

—Pero, ¿su iglesia no puede hacer una excepción?— nos había dicho creyendo solucionar el problema.

—Nuestra iglesia —procuramos explicar— no es nuestra conciencia, y

menos aun cuando Dios nos pide algo tan definido. Los principios religiosos no son cosas que se cambian todos los días.

Al salir de la oficina de la decana no nos sobraba el ánimo, pero tampoco esperábamos tener tanta mala suerte. Sin duda, ahora deberíamos apelar al decreto ministerial que dictaminaba que los adventistas podíamos requerir la posibilidad de rendir en otra fecha los exámenes que se dan en sábado.

Se terminaba octubre y nada habíamos arreglado. Discutimos con Claudia las posibles soluciones al problema, y decidimos hablar con la secretaria de asuntos académicos para arreglar formalmente nuestra situación y cambiar las fechas. Pero algo anduvo mal. Cuatro veces la esperamos en su oficina y no llegó. Nunca llegó.

—Tiene que estar. . . —nos decía la recepcionista—, habrá salido. . . ya llegará.

Durante dos semanas tratamos de encontrarla, pero nunca la hallamos.

Noviembre pasaba también velozmente y no habíamos progresado. Pensamos que sería prudente hablar con la profesora y explicarle nuestra situación para que ella nos aconsejara. Pero pasaron dos semanas y no pudimos hablar con ella al terminar la clase. Parecía que se esfumaba cada vez que intentábamos encararla para dialogar.

Las cosas no marchaban bien. Creíamos que Dios aprobaría nuestra fidelidad, pero parecía que ahora no nos ayudaba a poner las cosas en orden.

Yo pensaba, muy preocupado, que si no hablábamos con la profesora tendríamos problemas. Sólo quedaba una semana para que comenzaran los exámenes y durante ese mes no habíamos podido arreglar nuestra situación.

Otro día de clases concluyó. Entre charlas, comentarios y sonrisas, me separé de mis compañeros para tomar el ómnibus, como rutinariamente lo hacía. Fue como todos los días: la hilera ordenada de viajeros subió despacio,

compró el boleto y se desordenó en el interior del transporte. Hice lo mismo y me senté del lado de la ventanilla.

El vehículo ya partía cuando se detuvo un instante más para recoger a una última pasajera, y ¡cuál fue mi sorpresa al descubrir que era la profesora! Así como tantas veces se nos había esfumado, hoy se corporizaba inesperadamente.

Me reconoció y se sentó a mi lado. Estaba allí, ahora no se me escaparía. Comenzó el diálogo y la sorpresa fue mutua al descubrir que vivíamos tan sólo a cuatro cuerdas de distancia, ¡y en todo el año no nos habíamos encontrado por el camino que ambos transitábamos! Hablamos sobre libros y escritores, pero no dejé pasar mucho tiempo. Me interesaba, más que cualquier otra cosa, explicarle el problema que nos aquejaba a Claudia y a mí.

¿Cuál sería su respuesta? ¿Estaría dispuesta a tomar el examen solamente a dos alumnos algún otro día del establecido?

Sin duda Dios estuvo allí. No sólo El me dio la oportunidad de expresar con tranquilidad y sin apuros el problema, sino que también me dijo sí. Un martes de diciembre la profesora tendría una mesa de examen donde podría hacernos un espacio especial para que rindiéramos. Se preocuparía por no cerrar las planillas de calificaciones para poder luego poner nuestras notas. No pude menos que sonreír y decirle: **Gracias**.

**Gracias** le dije también la mañana del martes cuando me entregó la libreta universitaria con la nota.

—**Gracias** por tan grande favor —le expresé extendiendo mi mano.

—Por nada, estoy para servirles en lo que pueda —respondió con una sonrisa.

**Gracias** era la palabra. “¡**Gracias**, Dios!” era el canto de nuestros corazones. La nota ya no importaba. Dios había estado en la universidad y nos había demostrado que cuando lo amamos (y por lo tanto obedecemos sus mandamientos), “todas las cosas ayudan a bien”.



# LIBROS



**PARA TI QUE SERÁS MADRE**, por Rubén E. Nelson. Ediciones Interamericanas, 1976, 128 págs.

**\* JONI**, por Joni Eareckson. Editorial Vida, 1980, 221 págs.; y **UN PASO MAS**, por Joni Eareckson y Steve Estes. Editorial Vida, 1979, 222 págs.

La misma historia dividida en dos volúmenes. Una historia que encierra toda la intimidad vivencial de una joven cuádrupleja que sólo puede mover el cuello y la cabeza. Joni Eareckson, víctima de un accidente de natación, narra los momentos de su desesperación ante las circunstancias que se le presentan. Sin embargo, asimila nuevos principios espirituales que la llevan a aceptar su situación. Llega a comprender la verdadera razón de la vida y alaba a Dios por su silla de ruedas. La historia de Joni tendrá significado y profundidad especiales para todos aquellos que tienen dificultades en aceptar circunstancias difíciles de la vida. R.E.

Ya sea que estés pensando en un regalo práctico para esa amiga que está esperando a su primogénito, o que sea tu propio caso, éste es el libro que estabas buscando.

Todas las preguntas, desde ¿cómo saber si estoy embarazada? hasta ¿cómo reorganizar mi hogar después de la llegada de mi bebé?, pasando por ¿cómo haré para no aumentar excesivamente de peso?, ¿hasta cuándo puedo trabajar?, y ¿para cuándo debo esperar a mi bebé?; todo está tratado en lenguaje claro, franco y sencillo sin excederse en términos técnicos ni lenguaje rebuscado, y complementado con tablas, gráficos e ilustraciones.

Todo lo que una novel madre debe tener en cuenta (sin olvidar una buena cantidad de consejos para el futuro papá), en una obrita que no debe faltar tampoco en tu biblioteca, para ahora o para el futuro. O.G.

**Educación cristiana: ¿Qué carreras seguir?  
¿Dónde se puede estudiar?**

Un informe que debes leer en **JUVENTUD** de septiembre.



# intercambio

Las personas cuyos nombres colocamos en esta sección desean intercambiar correspondencia con otros jóvenes. Escribe directamente a la dirección de la persona que has escogido. Para ser incluido en esta lista, dirígete a **Juventud**, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, Argentina.

**Sergio Ouchakoft** – chez Mr. Mellarede F. – Res. Tivoli Bat. 34 – Allee des Peupliers, 13100 – Aix en Provence – Francia – Tiene 28 años y desea intercambiar correspondencia con chicas y muchachos que hablen español y portugués.

**Leticia Martínez Reyes** – Domicilio conocido – Tecpatán, Chis. – México. Tiene 20 años y desea intercambiar postales y cintas, y tener amigos.

**Nanci Haydée Schumann** – Mariano Moreno 342 – 3705 Juan José Castelli – Chaco – Argentina. Tiene 15 años, es profesora de piano, patina y colecciona estampillas, poesías y almanaques chiquitos. Espera cartas y postales.

**Dante Ariel Sittner** – Yapeyú esq. Ruta 131 s/n – 3116 Crespo – Entre Ríos – Argentina. Tiene 17 años y promete contestar todas las cartas.

**Walter Manzano** – Rua Cacau Pereira 365 – 08200 São Paulo – Brasil. Espera correspondencia de todos los jóvenes.

**Claudia Guido Aguilar** – Apdo. Postal E-55 – Chihuahua – México. Estudia piano, colecciona postales y espera cartas de chicos y chicas de cualquier edad (ella tiene 12).

**Adriana Beatriz Pignataro** – Colón 535 – 1708 Morón – Buenos Aires – Argentina. Es "cositóloga" (junta cualquier cosa), le gusta la naturaleza y los amigos, especialmente si son cristianos.

**Maria del Carmen López Reyes** – Calle 2, Avda. 17 1700 – Fracc. Alameda – Córdoba – Veracruz – México. Tiene 17 años, estudia trabajo social y colecciona postales, recortes, banderines y fotografías.

**Rhode Rinza Lugo** – Avda. 16 de septiembre 27 – CD. Isla Ver. – México. Tiene 15 años le gusta diseccionar hojas y pétalos, y desea compartir sus experiencias con otros.

**Patricia Maidana** – C.C. 71 – 8146 Mayor Buratovich – Buenos Aires – Argentina. Quiere ser una buena amiga para quienes le escriban; tiene 17 años.

**Naamán Andrade López** – Apdo. 14, Clínica-Hospital – Yerba Buena, Chis. – México. Tiene 16 años, colecciona, colecciona estampillas, amigos y postales, espera cartas de jóvenes de ambos sexos y de todos los países.

**Claude Huss** – Rua Río Doce, 13 – 02250 São Paulo – Brasil. Le gusta la política, la economía, la religión y las ciencias exactas; pueden escribirle también en inglés y francés.

**Adriana D. Ghiberto** – 9 de Julio 250 – 2322 Sunchales – Santa Fe – Argentina. Le gusta la lectura, la poesía y la música; espera cartas de jóvenes de todo el mundo y tiene 19 años.

**Samiris Leonor Rivera** – Apartado 51, Hospital y Sanatorio – Montemorelos – Nuevo León – México. Tiene 14 años y desea comunicarse con chicos y chicas de cualquier edad.

## Agencias de distribución de JUVENTUD

**ARGENTINA.** BUENOS AIRES: Valentín Vergara 3346, 1602 Florida. Tel. 761-3647. CORRIENTES: Buenos Aires 1178, 3400 Corrientes. Tel. 24072. PARANA: Córdoba 586, 3100 Paraná, Entre Ríos, Tel. 222995. **BOLIVIA.** LA PAZ: Rosendo Villalobos 1592, Casilla 355. Tels. 35 28 43, 32 72 44. SANTA CRUZ DE LA SIERRA: Colón 709, Cajón Postal 2495. Tels. 3-2200, 3-2201. **CHILE.** ANTOFAGASTA: 14 de Febrero 2784, Casilla 1260. Tel. 24917. SANTIAGO, Sucursal Casa Editora: Santa Elena 1038, Casilla 328. Tel. 2225948. SANTIAGO, Agencia: Porvenir 72, Casilla 2830. Tel. 2225880. TEMUCO: Claro Solar 1170, Casilla 2-D. Tel. 33194. **ECUADOR.** GUAYAQUIL: Calle Tulcán 901, Casilla 1140. Tel. 361-205. **ESPAÑA.** MADRID: Aravaca 8, Madrid 3. Tels. 91/2334238-2348661-2339037. **MEXICO.** MEXICO: Yacatas N° 398, Apartado Postal 18-813, México 12, D.F. Tel. 687-21-00. **PARAGUAY.** ASUNCION: Kubitschek 899. Tel. 24-181. **PERU.** AREQUIPA: Casilla 1381. Tel. 2-4670. CHICLAYO: Alfonso Ugarte 1499, Casilla 330. Tel. 23-2641. LIMA: Jr. Washington 1807, oficina 502, Casilla 1002. Tels. 23-9012, 23-1361. PUCALLPA: Jr. Tarapacá 101, Casilla 206. Tel. 649. PUNO: Lima 115, Casilla 312. Tel. 199. **URUGUAY.** MONTEVIDEO: Mateo Vidal 3211, Casilla 512. Tel. 58 34 24.

**JUVENTUD** (Marca Registrada). Editada mensualmente e impresa mediante el sistema offset por la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Redacción, administración y talleres: Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, República Argentina. Tel. 760-0416. Domicilio legal: Uriarte 2435, 1425 Capital Federal.

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL N° 108009	IMPRESO EN ARGENTINA
CORREO ARGENTINO Soc. Fideicomiso (B) y General (B)	FINANCIADO Y MAQUETADO
	Cuarta N° 199
	TAMPA REDUCIDA
	Diseño N° 396



---

**¡NO SIRVE! No importa,  
todavía tienes  
un mes más para  
terminar tu artículo.**

---

Concurso 1982 de Juventud